



[ Enrique Ciro Bianchi ]

Sacerdote de la Diócesis de San Nicolás

# Ponce de León, obispo y mártir

*La muerte de un obispo y una reflexión teológica sobre el martirio en clave latinoamericana. En esta extensa nota el autor nos ofrece su mirada sobre uno de los dos obispos cuya vida fue arrebatada en la última dictadura militar, esa misma que algunos obispos hoy siguen estudiando para tratar de saber qué ocurrió...*

Hay momentos en la vida en que se percibe con claridad fulminante la gratitud que es debida a quienes abrieron los caminos que hoy transita nuestra historia personal. Sus luchas –y su sangre a veces– fueron marcando una huella en la que otros, muchos años más tarde, encontramos un rumbo para vivir y profundizar la entrega que da sentido a nuestra vida cristiana. Es ese sentimiento de filial reconocimiento el que inspiran estas páginas, que tienen como única intención la de *honrar la memoria* de quien fuera el pastor que en la diócesis de San Nicolás llevó adelante la primera recepción del Concilio Vaticano II y uno de los pocos obispos que se

enfrentó con la dictadura militar por defender a las víctimas del terrorismo de Estado: monseñor Carlos Horacio Ponce de León. Tómense estas reflexiones como un filial homenaje a su memoria en el año del 40 aniversario de su muerte. No pretendemos aquí adelantarnos al juicio de la Iglesia proclamándolo mártir, pero sí queremos hacernos seriamente la pregunta sobre la pertinencia de este título.

## **I. Planteo: terrorismo de Estado y memoria de Ponce**

*“No he venido a ser servido sino a servir”* fue su lema episcopal. Quienes lo conocieron afirman que lo vivió con intensidad. Nacido en la ciu-



*Tómense estas reflexiones como un filial homenaje a su memoria en el año del 40 aniversario de su muerte.*

dad de Navarro en 1914, se ordenó sacerdote para la arquidiócesis de Buenos Aires en 1939. Fue un activo párroco en varias parroquias hasta que Juan XXIII lo nombró obispo auxiliar de Salta en 1962. Como joven obispo participó del Concilio Vaticano II y tomó con entusiasmo la renovación que se proponía la Iglesia en esos tiempos. Es así que llega a la diócesis de San Nicolás como su tercer obispo el 18 de junio de 1966. Durante los once años que condujo pastoralmente la diócesis llevó adelante todo tipo de iniciativas con el fin de construir una Iglesia más afín a lo que buscaba el Concilio. Como un buen pastor, fue especialmente cercano a los pobres y a cualquier situación de dolor de su gente. Pero lo que resalta en su ministerio episcopal, y que toma una dimensión cada vez mayor con la perspectiva que nos va dando la historia, fue su compromiso con los familiares de presos políticos y desaparecidos durante la dictadura militar que gobernó en la Argentina entre 1976 y 1983. Esta actitud le valió la enemistad de las

autoridades militares y marcó sus últimos días.

No nos detendremos aquí en una presentación de la semblanza pastoral del obispo, por cierto muy rica sobre todo en lo relativo a la aplicación del Concilio. Desde 2006 se dedica a ello una *Comisión diocesana pro informe testimonial sobre Ponce de León*. Del invaluable trabajo de esta Comisión se gestó la mayor parte del material que consultamos. En estas reflexiones, para preguntarnos sobre la posibilidad de su martirio, pondremos el foco en su enfrentamiento con la dictadura militar.

#### *Un infierno que aún crepita en la memoria*

Hoy, transcurridos más de treinta años de vida democrática, los argentinos somos conscientes de que en esa etapa triste de nuestra historia el gobierno de facto —so pretexto de “poner orden” ante el espiral de violencia fratricida que comenzó con el bombardeo de la Plaza de Mayo en 1955—, desplegó todo tipo de actividades de terrorismo de Estado.

*Para preguntarnos sobre la posibilidad de su martirio, pondremos el foco en su enfrentamiento con la dictadura militar.*

Acciones criminales que en algunos casos buscaban reprimir la violencia guerrillera, pero que por tratarse de crímenes perpetrados con el poder del Estado tienen una responsabilidad cualitativamente distinta que los delitos cometidos por civiles. Al reflexionar sobre esos años de plomo no podemos hacerlo sin dejar claro que hay una profunda asimetría entre la violencia subversiva y la violencia llevada adelante con toda la fuerza de las instituciones del Estado, que existen para gobernar en justicia a un país, no para cometer crímenes. No es admisible un análisis que considere que se trataba de una guerra entre dos demonios de similares magnitudes.

Para el gobierno militar de aquellos años, todo era válido para sacar de en medio a quienes consideraba enemigos: secuestros clandestinos, torturas, vuelos de la muerte, desaparición de personas, apropiación y venta de bebés, y asesinatos bajo apariencia de accidente, entre otras muchas crueldades que duele recordar. Basta una ojeada al libro *Nunca más* para volver a estremecerse con el infierno de esos tiempos que —en palabras del poeta Juan Gelman— sigue crepitando en la memoria de quienes aún hoy esperan alguna noticia de sus desaparecidos.

Cualquier persona por el sólo hecho de ser pariente, o figurar en una agenda de alguien con militancia política sospechosa, podía ser secuestrado y pasar a formar parte del limbo de los “desaparecidos”. Los parientes del desaparecido, que desesperadamente buscaban una noticia sobre su paradero, eran sometidos a una especie de extorsión moral por la que veían que guardar silencio era la única posibilidad de salvar la vida de quien se negaban a aceptar que nunca volverían a ver. Con el recurso a la desaparición de personas, los

militares obtenían un doble efecto: por un lado, eliminaban un adversario (real o imaginario), pero a la vez sembraban un miedo monstruosamente mezclado con esperanza en aquellos que sufrían la desaparición de un ser querido (este escenario de extorsión moral es explicado brillantemente en una conferencia que da Julio Cortázar en París en 1981, publicada luego bajo el título *Negación del olvido*).

En esa situación de angustia infinita eran pocas las puertas a las que podían llamar confiadamente. En San Nicolás, una de esas puertas fue la del obispo: monseñor Carlos Horacio Ponce de León. En su despacho recibía permanentemente a familiares de detenidos o desaparecidos cualquiera sea su signo político e intercedía por ellos tocando cualquier resorte de poder que tuviera a su alcance. Su corazón de pastor se conmovió profundamente por el dolor de estas madres y, como el buen samaritano, hizo acción de esa compasión aún a riesgo de su prestigio y su vida. Por lógica decantación, su actitud de compromiso con estas víctimas fue derivando en un enfrentamiento con las autoridades militares.

Hay muchísimos testimonios de la valentía del obispo y del consuelo que daba su apoyo. Si algo destacan todos es que buscaba ayudar al que sea, sin miramientos. José María Budassi, un ex preso político que reconoce que le debe la vida, dice: “cuando había persecución no se fijaba cuál era el credo político o religioso de las personas. Por el sólo hecho de ser un ser humano él lo ayudaba”. Una buena idea del consuelo que daba la actitud de Ponce nos la ofrece el testimonio de Rafael Restaino, un historiador de Pergamino. Detenido en esta ciudad, fue trasladado a San Nicolás. Cuando se



*No es admisible un análisis que considere que se trataba de una guerra entre dos demonios de similares magnitudes.*

enteró de que el obispo visitaba a los presos desconfió instintivamente: *"fui uno de los pocos que no le interesó entrevistarse con él pues desconfiaba de todo lo que olía a clerical"*. Sin embargo, después accedió porque consideró importante hacerle saber que estaban retirando presos políticos por la noche. Pudo tener dos entrevistas con el obispo, de las cuales le quedó un recuerdo imborrable: *"Algunas cosas recuerdo de ellas: la atención para escuchar el testimonio, su rostro o mejor dicho su mirada que me permitió confiar, pero sobre todo la paz que sentí después de hablar con él. Desde aquel momento nunca más tuve dudas de decir que era creyente. Me fue sumamente fácil decir que creía en Dios porque lo sentí en forma de alivio, de paz. Esta experiencia la relaté con los compañeros y todos de alguna manera –hasta los comunistas– habían sentido algo parecido. Es que este Obispo con su actitud valiente hizo entre otras cosas que no nos sintiéramos tan solos. Nos hizo sentir que estábamos acompañados, que*

*alguien vigilaba por nosotros. Nunca voy a olvidar a Ponce de León, nunca voy a olvidar a ese hombre con quien tuve sólo dos entrevistas, unos diez minutos en total; pero qué diez minutos"* (Comisión diocesana pro informe testimonial sobre Ponce de León, *Monseñor Ponce*, 2008, 14). La valentía con que Ponce tomó partido por quienes sufrían los crímenes de la dictadura y sus molestas gestiones para conseguir información a los familiares fueron tensando la cuerda con las autoridades, especialmente con el teniente coronel Manuel Fernando Saint Amant, por entonces jefe del Área militar 132 (que abarcaba San Nicolás y varias ciudades vecinas, formando una región similar a la de la diócesis de San Nicolás). Se enfrentaron varias veces cara a cara. En una ocasión el obispo se apersonó durante un operativo de requisa a una parroquia. Saint Amant lo recibió con dureza: *"¿Qué hace usted aquí?"*, a lo que Ponce respondió: *"¿Qué hace usted? Yo soy el dueño de casa"*. Uno de los momentos más difíciles de esa

*Hay muchísimos testimonios de la valentía del obispo y del consuelo que daba su apoyo. Si algo destacan todos es que buscaba ayudar al que sea, sin miramientos.*



El R4 de Ponce de León

tensión entre ambos personajes de carácter fuerte, seguramente fue el que se dio a una semana del golpe militar. El 1 de abril de 1976, Saint Amant encarceló a tres sacerdotes. El obispo sufrió en carne propia lo que es ser padre de presos políticos. Los visitó en la cárcel y buscó afanosamente el modo de liberarlos. Se aproximaba la Semana Santa y los militares querían que se celebre normalmente en las parroquias de los sacerdotes detenidos. Ponce se negó y pidió que si había una causa justa para las detenciones que se las expliquen a la gente, pero si no había motivos válidos las parroquias iban a seguir desiertas. Luego de tres días de negociaciones, consigue que se los entregue y pasan una semana más como “detenidos” en el obispado, bajo la palabra del obispo.

Fue en ese clima de decidida hostilidad que el entonces obispo de San Nicolás encontró la muerte en un dudoso accidente de tránsito. En la fría mañana del 11 de julio de 1977, en la vieja ruta 9, camino a



Camioneta F 100

Buenos Aires, a la altura de Ramallo una camioneta Ford F100 que viene en sentido inverso se cruza repentinamente en su camino. El impacto brutal del frágil Renault 4 en la puerta derecha de la camioneta deja malherido a Ponce de León, quien – luego de ser atendido en el hospital de Ramallo– muere en una clínica en San Nicolás.

Apenas habían transcurrido once meses de la muerte en las rutas riojanas de otro obispo que resultaba una piedra en el zapato del gobierno militar: monseñor Enrique Angelelli. Sobre este caso, la justicia en 2014 dictaminó sin lugar a dudas que se trató de un asesinato que intentaba guardar las apariencias de un accidente vial. Dice el veredicto: “[los hechos que terminaron con la vida de Angelelli] fueron consecuencia de una acción premeditada, provocada y ejecutada en el marco del terrorismo de Estado y por lo tanto constituyen delitos de lesa humanidad”. Fue decisivo en ese juicio la presentación por parte del obispado de La Rioja de dos documentos que estaban en el archivo del Vaticano y que el papa Francisco le entregó al obispo riojano. Esta sentencia judicial facilitó la posibilidad de presentar la vida y la muerte de Angelelli como un testimonio excepcional de lo que significó predicar el Evangelio hasta derramar la sangre en esa etapa de nuestra historia. Esto es, venerarlo como un mártir de la Iglesia católica. A poco de terminar el juicio, se comenzó en la Rioja la causa de canonización de monseñor Enrique Angelelli como mártir. El proceso está unido al de otros tres asesinados antes que él, dos sacerdotes (Gabriel Longueville, Carlos de Dios Murias) y un laico (Wenceslao Pedernera). La fase diocesana duró un año y medio y en la actualidad la causa ya está en Roma.



Camioneta F 100 que embiste el auto de Ponce de León

### *Investigación judicial y martirio*

En el caso de Ponce de León, la justicia todavía investiga las causas de su muerte. Al igual que con Angelelli, hubo un rápido y breve proceso judicial a poco de su muerte, en pleno auge del poder del gobierno militar. Luego de una sumaria investigación —que no incluyó más relato de los hechos que el del presunto conductor de la camioneta, ni una autopsia al obispo, ni una investigación de la conexión entre la empresa dueña de la camioneta y el Ejército—, el chofer que hizo la “maniobra imprudente” fue inhabilitado para conducir vehículos durante cinco años.

Mucho tiempo después, en 2006, la justicia abre una nueva investigación sobre la muerte del obispo. Se amplía con varias declaraciones testimoniales, estudios de peritos en accidentología, exhumación del cuerpo y documentos aportados por la Secretaría de Culto de la Cancillería y la Conferencia Episcopal Argentina, entre otras cosas. Pero luego del entusiasta impulso inicial, hoy el proceso sigue sin resolución y las investigaciones avanzan a una velocidad muy cercana al estancamiento. En este contexto, podemos hacernos estas preguntas: ¿qué sucede si la justicia nunca se pronuncia sobre las causas de su muerte?, ¿o si declara que fue realmente un accidente?, ¿podemos recordar a Ponce como mártir si no hay pruebas de que fue asesinado? A simple vista, esta cues-

tion puede parecer menor para muchos que ya valoramos el testimonio de entrega martirial de este obispo. Pero creemos que merece ensayarse una respuesta desde la historia y la teología para hacer justicia con la memoria de Ponce de León y su modo de encarnar el ministerio episcopal en la encrucijada del posconcilio y la etapa más difícil de nuestra historia reciente. Y para difundir su ejemplo, que como el de tantos que dieron su vida por la fe, siempre es una semilla fecunda en la vida de la Iglesia.

Decimos que la respuesta debe buscarse en la historia y en la teología porque para pensar si murió como un mártir debemos preguntarnos por los hechos históricos que rodearon y precipitaron su muerte y sobre la noción teológica del martirio. Este es el camino que seguiremos en nuestra exposición. Primero presentaremos el contexto de amenazas reales que vivía el obispo y su perseverancia en una actitud de compromiso con las víctimas de las acciones criminales del gobierno, siendo plenamente consciente de que eso lo ponía en un serio peligro de muerte. Lo haremos sobre todo desde los informes secretos que enviaba el teniente coronel Saint Amant desde San Nicolás denunciando el “accionar subversivo” de este obispo que dirigía “fuerzas enroladas sustancialmente en las filas del enemigo” (*sic*). La sola lectura de esa corresponden-



Otra toma del R4 de Ponce de León

*Fue en ese clima de decidida hostilidad que el entonces obispo de San Nicolás encontró la muerte en un dudoso accidente de tránsito.*

*¿Qué sucede si la justicia nunca se pronuncia sobre las causas de su muerte?, ¿O si declara que fue realmente un accidente? ¿Podemos recordar a Ponce como mártir si no hay pruebas de que fue asesinado?*



cia deja, a cualquiera que no niegue lo que pasaba en la dictadura, la fuerte sensación de que Ponce estaba condenado a muerte.

Luego intentaremos presentar succinctamente una noción posconciliar y latinoamericana de martirio, que incluye el compromiso con la justicia y los derechos humanos contando con la posibilidad cierta de la muerte, tal como se utilizó para solicitar la canonización de monseñor Romero en El Salvador y —suponemos— se intentará en el proceso de monseñor Angelelli.

## **2. La muerte del obispo**

Las personas cercanas al obispo sabían que éste recibía permanentes amenazas. Consta en las actas de reuniones del Consejo Presbiteral que él los puso al tanto de esos anónimos. A veces llamados telefónicos, a veces panfletos con un ataúd. Según sus allegados, con ocasión de la muerte de Angelelli el mensaje era: "el próximo sos vos". En los archivos de la Conferencia Episcopal Argentina (CEA) pudo encontrarse una carta firmada por todos los sacerdotes de San Nicolás dirigida a monseñor Tortolo, por entonces presidente de la CEA (y con copia a los dos vicepresidentes y al nuncio Pío Laghi) en la que le expresan que recurren a él

"como hermano de nuestro Pastor" para manifestarle "una seria inquietud que nos preocupa y nos angustia: nuestro obispo ha sido amenazado de muerte y lo es ya reiteradamente", pidiéndole que la Iglesia busque una solución ya que "uno de sus Pastores sufre la ola de violencia que nos envuelve". Leer hoy esa carta, a la luz del fatal desenlace de Ponce, hace inevitable la referencia al poema que Casaldáliga le dedica a monseñor Romero: "¡Pobre pastor glorioso, abandonado por sus propios hermanos de báculo y mesa!".

### ***Los informes secretos sobre Ponce de León***

Entre los documentos de inteligencia militar que pudieron rescatarse en tiempos de democracia, hay algunos sobre Ponce de León que fueron recogidos en la nueva investigación judicial. En ellos puede verse claramente que *estaba marcado*. Entre ese material, se destaca un informe de catorce páginas firmado por el propio teniente coronel Manuel Fernando Saint Amant.

En la actualidad, gracias a los juicios de lesa humanidad en los que Saint Amant fue condenado por varios crímenes, se conocen detalles del accionar de este jefe militar. Era el hombre fuerte en una zona difícil, un hombre de acción, de modales marciales y férreo catolicismo. Han sido probados cerca de 150 secuestros en su zona y casi todos tenían informes secretos firmados por él. Según cuentan testigos le gustaba participar de todas las fases de la represión ilegal, incluidos los "interrogatorios" (ver *Infojus*: "El ex militar Saint Amant y su 'guerra santa' contra la 'subversión'": [www.avestruz.com.ar/infojus/2014](http://www.avestruz.com.ar/infojus/2014)).

Experto en "lucha antiguerrillera", llegó a San Nicolás en 1975 para neutralizar la avanzada obrera en

la zona. Esta ciudad, como todas las del eje que va desde Villa Constitución hasta Campana, constituía por ese entonces un creciente polo industrial con importantes empresas siderúrgicas como Somisa o Acindar, cada una de las cuales estaba rodeada de empresas satélites. Esto hacía que en la zona haya una notable presencia obrera. En gran parte se trataba de trabajadores venidos de las otras provincias atraídos por la posibilidad de un buen trabajo. La geografía de estas ciudades veía aparecer barrios obreros cotidianamente. De ahí la importancia que las autoridades militares le asignaban a la región. Recordemos que en 1975 se produjo en Villa Constitución el llamado "Operativo Serpiente Roja del Paraná" en el que fueron arrestados, desaparecidos y asesinados trabajadores sindicalizados de Acindar. Muchos de ellos vivían en San Nicolás, por lo cual el obispo Ponce de León se hizo eco de sus situaciones y apoyaba el reclamo de sus familiares. Este es uno de los tantos "pecados" que le achacan en el informe de inteligencia.

#### *El fantasma del marxismo*

El informe secreto de Saint Amant sobre Ponce de León está fechado el 16 de diciembre de 1976, apenas siete meses antes de su muerte. Lo dirige al Comandante del Primer Cuerpo del Ejército, Carlos Guillermo Suárez Mason, respondiendo a una orden de éste. La sola existencia de ese informe demuestra que la Iglesia de San Nicolás estaba siendo cuidadosamente seguida por la inteligencia militar. Una lectura corrida de esas catorce páginas resulta entre surrealista y espeluznante. Duele comprobar en manos de quiénes estaban la vida y la muerte de tantos argentinos. En una prosa inflamada describe una colección de hechos –



*La sola lectura de esa correspondencia deja, a cualquiera que no niegue lo que pasaba en la dictadura, la fuerte sensación de que Ponce estaba condenado a muerte.*

reales o inventados– hilvanados en una convicción: el enemigo principal es el marxismo, que se infiltró en la Iglesia de esta diócesis y que tiene como su mejor aliado al obispo Ponce de León.

En uno de sus párrafos introductorios dice: "Este informe se ha preparado en función de la prioridad fundamental que tiene nuestra Institución, en este momento histórico: la guerra contra la subversión. Prioridad declarada fundamental, al menos desde el punto de vista inmediato, pues se juega en ella el ser o no ser de la Patria. Para ganar dicha batalla, que estamos librando exitosamente, hay que atacar al enemigo en todos sus frentes. El enemigo no es un grupo minoritario de jóvenes guerrilleros, hoy en triste y escandalosa retirada, sino el MARXISMO que lo caracteriza".

Eran los tiempos de la llamada "guerra fría" entre Estados Unidos y Rusia, que tenía su reflejo en el debate ideológico entre capitalismo y marxismo. Guerra fría que entre



**“¡Pobre pastor glorioso, abandonado por sus propios hermanos de báculo y mesa!”**



nosotros fue bien caliente. En toda la geografía latinoamericana fueron apareciendo dictaduras militares que, bajo la excusa de luchar contra el marxismo y mediante el terrorismo de Estado, implantaron una economía de mercado que derivó en pocos años en una deuda externa astronómica. Hoy está comprobado que Estados Unidos articulaba y apoyaba esas dictaduras a través, por ejemplo, del Plan Cóndor.

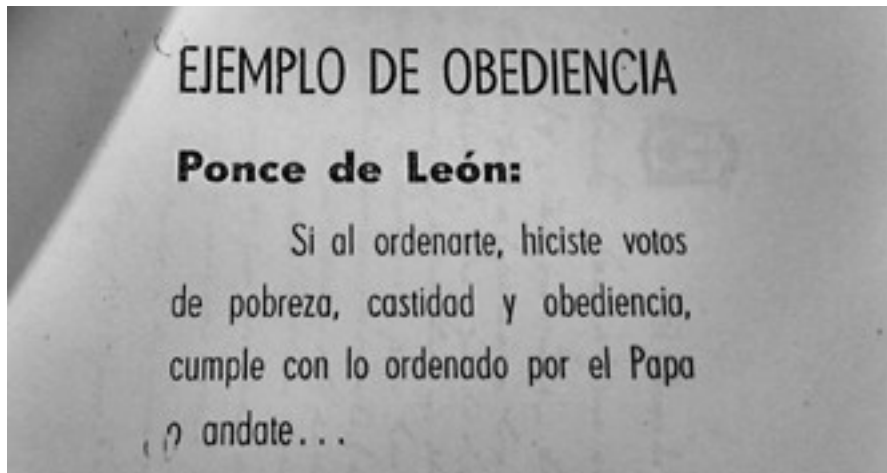
Como parte de esta lucha de intereses económicos, se favoreció una ideología que, bajo un ropaje de patriotismo, infundía frente a palabras como marxismo o comunismo un sentimiento de santo odio similar al de los inquisidores medievales ante la palabra herejía. *El enemigo es el marxismo y hay que combatirlo en todos sus frentes.* Llama la atención que en el informe se considere a la guerrilla ya vencida siendo que fue redactado apenas a nueve meses del golpe militar y la represión duró varios años más. Una prueba más de la crueldad innecesaria de la dictadura y de que el objetivo principal no era terminar con los grupos guerrilleros sino de otra índole...

También resulta llamativo el nivel de detalle con el que describe algunos hechos. Da a pensar que, o bien fueron inventados, o bien se seguía muy de cerca las actividades del obispo y sus sacerdotes, con informantes en el riñón de la institución

eclesial. Por ejemplo, cuenta que los “curas marxistas” almorzaban todos los miércoles en la Catedral y que “en dichas reuniones han celebrado públicamente y alborozados la caída de Vietnam del Sur en manos del comunismo”.

En todo el informe, la idea que hay del marxismo es la de una especie de demonio camaleónico que está al acecho en todos lados: “El marxismo se vale indistintamente de la pornografía, del liberalismo, del capitalismo, de los medios de comunicación, del freudismo, de los partidos políticos, de la pobreza, de la explotación de las injusticias, de la UNESCO, de la declaración de los derechos humanos, etc.”. Con respecto a la Iglesia Católica lo que busca como fin último es aplastarla, “pero como el enfrentamiento abierto y desembozado le ha resultado en muchos países perjudicial, el marxismo (y la llamada ‘subversión’) acude a la infiltración”. Un instrumento de esa infiltración del marxismo en la Iglesia –según el informe– es el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo (MSTM), que tendría prácticamente copada la diócesis de San Nicolás. Es notorio el contraste de esta afirmación con los estudios históricos actuales sobre el MSTM, donde puede verse que no hubo ni un solo sacerdote de San Nicolás con un rol destacado en ese movimiento tercermundista (ver J. P.





Martín, *El Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo: un debate argentino*, General Sarmiento 2010).

#### *Un obispo marcado*

La imagen del obispo que presenta el informe es contradictoria. Por momentos lo describe aislado, “casi desconocido en la ciudad”, perdido en su desgobierno, aferrado a los privilegios del cargo y no tomado en serio por nadie. Pero en otros párrafos habla del respaldo que tendría de parte de los curas y algunos obispos si el gobierno precipitara su salida y del prestigio que ganó entre la gente por su apoyo a la subversión. Reconoce que “se habla de que recibe permanentemente amenazas, en sus sermones hace alusión siempre a dichas amenazas”. Por eso lo describe como alguien que “ahora vive atemorizado”. Sobre su prédica dice que “hasta hace alrededor de dos años hablaba como tradicional y gobernaba (incluso con su desgobierno) como subversivo”. También denuncia que alguna vez llegó a referirse a la muerte de Angelelli “insinuando que dicha muerte fue provocada”.

Si en el ejercicio de la lectura del informe hacemos una composición de lugar e intentamos leerlo en el contexto del aire envenenado de esos

tiempos hay párrafos que resultan escalofriantes: “ES EVIDENTE QUE LA IGLESIA OPERA EN LA DIÓCESIS DE SAN NICOLÁS BAJO LA DIRECCIÓN DE MONSEÑOR PONCE DE LEON COMO UNA RESULTANTE DE FUERZAS ENROLADAS SUSTANCIALMENTE EN LAS FILAS DEL ENEMIGO” (las mayúsculas son del original). En su descripción de la situación, Saint Amant no escatima dramatismo sobre la real amenaza que representaba la Iglesia de San Nicolás para el régimen militar: “Cuando a esta ‘fuerza’ puedan unirse posibles representantes de partidos políticos, cierto resentimiento peronista subsistente, grupos marxistas no destruidos y los infaltables idiotas útiles, tontos y democráticos que pidan elecciones, ESTA FUERZA, QUE ES LA ÚNICA INSTITUCIÓN A LA QUE EL GOBIERNO LE PERMITE SACAR UNA MULTITUD A LA CALLE CONTRA EL GOBIERNO, será la principal fuerza enemiga”. Desde su concepción integrista del catolicismo, cree que la infiltración marxista en la Iglesia, tal como ve en San Nicolás, es la peor amenaza que tiene por el momento el gobierno. Advierte, por ejemplo, que si bien el Ejército está resultando “triumfante contra las armas subversivas guerrilleras”, todavía no está “SUFICIENTEMENTE

*Resulta llamativo el nivel de detalle con el que describe algunos hechos. Da a pensar que se seguía muy de cerca las actividades del obispo y sus sacerdotes, con informantes en el riñón de la institución eclesial.*

*Desde su concepción integrista del catolicismo, cree que la infiltración marxista en la Iglesia, tal como ve en San Nicolás, es la peor amenaza que tiene por el momento el gobierno.*

AVISADO DE LO QUE ES LA SUBVERSIÓN DE VALORES OPERADA EN LA IGLESIA, en particular en San Nicolás”.

Pero tal vez el párrafo más terrible sea el que le dedica a reflexionar teóricamente sobre la figura del obispo: “Según la Doctrina Católica, el Obispo es el sucesor directo de los Apóstoles; la unión de la Iglesia se hace mediante la unión con el Obispo y fuera de la Iglesia no hay salvación”. Por eso —argumenta Saint Amant— “los católicos de convicción, sacerdotes o no, al cuestionarse la actuación del Obispo, de los sacerdotes o del Papa, piensan que ponen en juego su salvación eterna”. De lo que concluye, que: “Hace falta lucidez intelectual y cierto coraje para entender que un Obispo es traidor a la Iglesia, y para obrar sin el respeto que la doctrina enseña para con el sacerdote, cuando éste está destruyendo su patria y su fe”.

El planteo global del informe es claro: el enemigo de la Patria no tiene mejor camino para destruirnos que infiltrarse en la Iglesia y hay que tener la lucidez y el coraje para extirpar eso de raíz. En San Nicolás —zona sensible por la gran presencia obrera— el peligro es muy grande porque hasta el obispo es “traidor a la Iglesia”.

A modo de respuesta de su afiebrado informe, Saint Amant recibe una carta del Director General de Culto, el teniente coronel José Luis Picciuolo, antiguo compañero de promoción en la escuela militar. La misiva está fechada el 14 de febrero de 1977 y encabezada: “Estimado compañero y amigo”. Allí se muestra alarmado por el informe e intenta poner paños fríos al temperamento de Saint Amant que seguramente conoce. Le recomienda que mantenga “una prudente actitud mientras se actúa por la vía política”. También

pide cualquier detalle ampliatorio que haya sucedido los últimos días.

El 8 de marzo, apenas cuatro meses antes de la muerte de Ponce, Saint Amant le responde al Director de Culto con una carta de tres páginas en las que detalla la situación presente. Comienza mostrándose sorprendido por “el nivel al que llegó el informe presentado sobre la situación existente en el obispado de San Nicolás”. Este nuevo informe pone el foco en la situación del sacerdote Luis Efraín López Molina, párroco de Ramallo, detenido desde el año anterior. Si bien ahora está fuera de la jurisdicción de Saint Amant, él sabe que Ponce gestionó activamente por este sacerdote ante las más altas autoridades del gobierno militar y que le darían el beneficio del destierro. La conclusión es palmaria: “La acción desarrollada por el obispo Ponce de León posibilita: 1. Aumentar su prestigio en deterioro del accionar de las FF.AA. 2. Facilitar la acción del MSTM al ver éstos la impunidad con la cual pueden moverse”. Ante este panorama, y siguiendo “lo aconsejado de mantener una prudente actitud”, recomienda que “mediante la negociación se retire al obispo Ponce de León de la Diócesis, a cambio del salvoconducto para López Molina”. No sabemos qué rumbos tuvieron esas negociaciones. Lo que se sabe es que Ponce de León llevó a López Molina hasta la escalerilla del avión que lo sacaría del país el 30 de mayo y que luego no pidió el traslado de la diócesis. ¿Fue el fracaso de ese intercambio la gota que colmó el vaso que se rompió el 11 de julio? Hay una carta más entre estos militares antes de la muerte de Ponce. Con fecha del 13 de mayo de 1977 el Director de Culto le cuenta a Saint Amant que la situación de la diócesis de San Nicolás fue planteada ante el Vaticano y ante el presidente de



la Conferencia Episcopal Argentina, el cardenal Primatesta. Lamentablemente hasta el momento ni en los archivos de la CEA ni en los de la Santa Sede se encontró un documento que certifique este contacto.

#### *Conclusión sobre los informes*

En un estudio reciente sobre la represión a miembros de la Iglesia durante la dictadura militar se muestra (desde documentos de inteligencia) que los militares se habían arrogado el derecho de defender la "ortodoxia" católica. Al punto tal, que a la hora de condenar al MSTM no lo hacían porque estos sacerdotes pongan en riesgo la "seguridad nacional" sino en nombre de la doctrina católica (ver M. Cattogio, *Los desaparecidos de la Iglesia*, Buenos Aires 2016, 115). Homologaban naturalmente "herejía" con "subversión". Angelelli lo había denunciado en una carta al episcopado en que decía: "no dejemos que Generales del Ejército usurpen la misión de velar por la Fe Católica". La misiva, fechada el 25 de febrero de 1976, concluía con una profética premonición de su martirio: "Por ahí se me

cruza por la cabeza el pensamiento de que el Señor anda necesitando la cárcel o la vida de algún obispo para despertar y vivir más profundamente nuestra colegialidad episcopal" (Cattogio, *Los desaparecidos de la Iglesia*, 111). También puede verse en esta investigación de M. Cattogio que San Nicolás estaba especialmente en la mira. Fue la diócesis donde hubo más sacerdotes diocesanos que sufrieron acciones de terrorismo de Estado (siete sacerdotes, le sigue La Rioja con seis sacerdotes apremiados; ver Cattogio, *Los desaparecidos de la Iglesia*, 154).

Esta misma actitud de cruzados de la "civilización occidental y cristiana" puede verse en la exaltada correspondencia entre Saint Amant y sus superiores. Estaban dispuestos a cualquier cosa con tal de purificar la Iglesia y la Patria. La sola etiqueta de "subversivo" o "marxista" sobre un religioso tenía un efecto desacralizador que lo hacía merecedor de que sobre él "se obre sin respeto", incluso en el caso de un obispo.

Leída hoy esta documentación, puesta en el contexto de todo lo que sabemos de la dictadura, es in-

*Leída hoy esta documentación, puesta en el contexto de todo lo que sabemos de la dictadura, es innegable que una sentencia de muerte pendía sobre la cabeza del obispo Ponce de León. Sólo era cuestión de tiempo...*

*Tampoco está claro qué pasó entre el momento del choque y la muerte del obispo. No se sabe quién lo llevó al hospital de Ramallo.*

negable que una sentencia de muerte pendía sobre la cabeza del obispo Ponce de León. Sólo era cuestión de tiempo...

Si llegó a ejecutarse esa condena o si el azar anticipó los tiempos es algo que tendrá que dictaminar algún día la justicia. Por fuera de eso, sólo podemos mostrarnos sorprendidos por la cantidad de indicios. Podríamos enumerar muchos, de entre ellos llama la atención por ejemplo que la camioneta que embistió al obispo haya estado a nombre de una empresa llamada Agropolo S.A. con dirección a pocos metros del temible Batallón de Inteligencia 601 en Buenos Aires, verdadero cerebro de la represión, siendo que todos los edificios vecinos eran por entonces controlados por ese batallón. También resulta llamativo que quien manejaba la F100, Luis Antonio Martínez, declaró que tuvo que hacer esa maniobra brusca porque delante de él frenó un colectivo sobre la ruta para levantar un pasajero, pero en la causa no hay ningún testigo que certifique la presencia del colectivo ni se constató la existencia de huellas de neumáticos en el pavimento. Además, en la primera causa judicial consta que el conductor de la camioneta dio una versión de lo sucedido, que luego al ampliarla lo hace con contradicciones, pero como en ambos relatos su responsabilidad era indudable no se profundizó en las causas de las divergencias. Tampoco está claro qué pasó entre el momento del choque y la muerte del obispo. No se sabe quién lo llevó al hospital de Ramallo. No hubo tampoco antes del sepelio una autopsia o un informe médico que certifique que las heridas que le causaron la muerte son compatibles con el choque automovilístico. A esto se suma que un reconocido perito en accidentología, el ingeniero Jorge Gueretto,

estudió el caso haciendo una simulación informática y concluyó que la camioneta tendría que haber estado detenida transversalmente o moviéndose a muy poca velocidad para producir un impacto como el que se ve en la foto (la marca de los faros del R4 en el lateral de la F100 es bastante nítida). Apuntemos como último indicio el sugerente hecho de que en el momento del asesinato de Angelelli el responsable del Batallón de La Rioja era el coronel Osvaldo Pérez Battaglia. Este militar, de quien puede suponerse que conocía el *modus operandi* de simular un accidente, era nicoleño por adopción y en esos tiempos visitaba a su familia en San Nicolás asiduamente y tenía fluido diálogo con Saint Amant.

### **3. El martirio y la lucha por la justicia**

Habíamos planteado que el objetivo de este texto es honrar la memoria de Ponce y que para ello una de las preguntas que nos hacemos es si podemos recordarlo como mártir. Por eso ahora nos detendremos en algunas consideraciones sobre el martirio tal como se lo entiende desde la mirada renovada que trajo el Concilio Vaticano II y se vio enriquecida por la reflexión latinoamericana.

#### *El martirio en el posconcilio*

El martirio por excelencia es el de Cristo. Él entrega voluntariamente su vida para dar testimonio del amor misericordioso del Padre. Muchos otros en la historia han entregado su vida por Jesucristo o por encarnar sus enseñanzas. La Iglesia los considera mártires porque sus muertes están asociadas a la muerte de Cristo. También hay muchos que sufrieron persecución por sostener sus convicciones de fe, pero no llegaron a morir y se los reconoce como con-



Desde los primeros mártires asesinados por el imperio romano hasta el presente, el concepto de martirio ha tenido distintas acentuaciones.

fesores. Etimológicamente mártir significa testigo. Como Cristo, que es el "testigo fiel" (Apoc 1,5), digno de fe, que *da fe* del amor de Dios y este testimonio provoca en nosotros la fe. Del mismo modo, la sangre de los mártires mezclada con la de Cristo suscita nuestra fe, hace creíble la Buena Noticia que trajo Jesús y que la Iglesia transmite. Bien lo entendía Tertuliano cuando plasmó la inspiradora sentencia: "*sangre de mártires, semilla de cristianos*".

La existencia de los mártires da cuenta de dos realidades que despliegan su fuerza en la historia humana: la acción salvadora de Dios y el *misterio de iniquidad*. Esto es, el poder del Espíritu Santo que se encarna en personas concretas a tal punto que llegan a un grado de amor en el que prefieren morir antes que resignar sus convicciones, y el pecado que sigue enquistado en la humanidad generando sistemas enfermos de relacionalidad que son capaces de presentar como deseable la muerte de quien da testimonio de una convivencia basada en el amor y el res-

peto a la dignidad de cada persona. Desde los primeros mártires asesinados por el imperio romano hasta el presente, el concepto de martirio ha tenido distintas acentuaciones. No corresponde aquí ofrecer una panorámica. Pero sí notar que el Concilio Vaticano II aportó una visión propia del martirio presentándolo en una perspectiva claramente cristocéntrica. Según afirma Rino Fisichella (actual arzobispo y presidente del Pontificio Consejo para la Nueva Evangelización) en el *Nuevo Diccionario de Teología Fundamental*, para el Concilio lo normativo es el amor de Cristo, por tanto el acento no está tanto en la profesión de fe del mártir sino en el amor que está en la base del testimonio del santo. La noción preconiliar insistía en que la muerte debía ser instigada por un rechazo a la fe del mártir. En cambio, *Lumen Gentium* 42 al hablar de martirio no nombra el *odium fidei* ni la profesión de fe, aunque ciertamente los supone, sino que prefiere hablar de martirio como "signo del amor que se abre hasta hacerse total

*Kolbe se constituyó en el primer santo que cambió de categoría entre las dos etapas de la misma canonización.*

donación de sí" (R. Fisichella, "Martirio": *Nuevo Diccionario de Teología Fundamental*, Madrid 1992). Más adelante volveremos sobre la expresión *odium fidei*, ya que entenderla correctamente resulta indispensable en una teología del martirio.

Si se subraya más el amor que la fe se entiende mejor que hoy se considere mártir a aquél que no sólo profesa la fe, sino que da testimonio de ella luchando contra la injusticia. En palabras del teólogo italiano: "Si se asume este horizonte interpretativo, resulta claro que el mártir no se limita ya a unos cuantos casos esporádicos, sino que se le puede encontrar en todos aquellos lugares en los que, por amor al Evangelio, se vive coherentemente hasta llegar a dar la vida al lado de los pobres; de los marginados y de los oprimidos, defendiendo sus derechos pisoteados" (Fisichella, "Martirio").

El caso de Maximiliano Kolbe es un buen ejemplo de esta ampliación del concepto de martirio que se da después del Concilio. Este sacerdote franciscano polaco murió en Auschwitz después de haberse ofrecido espontáneamente a reemplazar a uno de los prisioneros elegidos para morir de hambre. Tras sobrevivir dos semanas en la celda del hambre se le quita la vida con una inyección mortal el 14 de agosto de 1941. En 1971 es beatificado por Pablo VI no como mártir sino bajo el título de "confesor" ya que, si bien su muerte fue un acto de caridad sublime al morir por otro, no fue interrogado directamente sobre su fe. Pero en 1982 Juan Pablo II, en contra del juicio de algunos miembros de la curia romana, decide canonizarlo como mártir. En su homilía el día de la canonización no aparece la expresión "mártir de la fe" y está dedicada a mostrar el testimonio de amor que dio el padre Kolbe. De este modo, Kolbe se

constituyó en el primer santo que cambió de categoría entre las dos etapas de la misma canonización (ver A. Frossard, *No olvidéis el amor: La pasión de Maximiliano Kolbe*, Madrid 2005<sup>5</sup>, 22).

### *Martirio en América Latina*

En nuestro continente han sido muchos los que murieron luchando desde sus convicciones cristianas por una sociedad donde todos tengan un lugar. Especialmente por enfrentarse a gobiernos dictatoriales en los tiempos de la "guerra-fría-en-Nortecálido-en-Sur" al que hicimos referencia. Como a Jesús, los mataron no por profesar una fe sino por hacerla vida poniéndose del lado de los que sufren la injusticia y ayudarlos a llevar su cruz. Esto hizo que la reflexión sobre el martirio se constituya en uno de los ejes de la teología latinoamericana. Especialmente en Centroamérica donde abundó absurdamente la muerte por persecución: desde el arzobispo Óscar Romero acerbado mientras celebraba la misa, el teólogo Ignacio Ellacuría y sus compañeros mártires de la Universidad Centroamericana, hasta las sangrientas masacres de campesinos como la de la aldea de El Mozote donde en tres días fueron exterminados cerca de 900 hombres, mujeres y niños, con la finalidad de aterrorizar al resto de los campesinos.

Esta dolorosa realidad se impuso a la teología latinoamericana y le dio su *pathos* específico. Los teólogos no cultivaron una teología del martirio por moda o como artículo de importación. Ellos no tuvieron sólo conceptos ante sí para reelaborar una noción de martirio: estaban ante la realidad misma del martirio visceralmente palpable en la vida de su pueblo. Muchos de ellos contaban con la posibilidad cierta de su propia muerte. El caso más patente



*“¿Por qué no habría de ser mártir un monseñor Romero, por ejemplo, caído en la lucha por la justicia en la sociedad, en una lucha que él hizo desde sus más profundas convicciones cristianas?”.*

es el de Jon Sobrino, que salvó su vida porque no estaba en su comunidad la noche que los militares salvadoreños entraron a la Universidad y ultimaron a sus seis compañeros y a la cocinera junto con su hija menor de edad.

Incluso el propio Karl Rahner, movilizado por el asesinato de Romero en El Salvador, escribió sobre la necesidad de ampliar el concepto tradicional de martirio en uno de sus últimos artículos antes de morir (ver K. Rahner, “Dimensiones del martirio”: *Concilium* 183, 1983). Allí se pregunta: “¿Por qué no habría de ser mártir un monseñor Romero, por ejemplo, caído en la lucha por la justicia en la sociedad, en una lucha que él hizo desde sus más profundas convicciones cristianas?”. Para ello reflexiona sobre si puede ser mártir quien muere, no pasivamente sino luchando. Lo más común era pensar que el mártir debía recibir pasivamente la muerte. No *ir activamente hacia ella* como el soldado en guerra, sino re-

cibirla por no apartarse del camino. Rahner explica que “las diferencias que existen entre una muerte por la fe después de una lucha activa y la muerte que se soporta pasivamente por la fe son demasiado inconsistentes y difíciles de precisar” (Rahner, “Dimensiones del martirio”, 323), por lo cual no se pueden separar en el plano conceptual. Hay que encontrar un concepto de martirio que englobe ambas realidades. “En ambos casos, la muerte es asumir la muerte de Cristo; un acto supremo de amor y valentía que realiza el creyente abandonándose a la voluntad de Dios” (Rahner, “Dimensiones del martirio”, 323).

Sobre el trasfondo de voces que afirmaban que monseñor Romero no podía ser mártir porque no había muerto por odio explícito a la fe, Rahner se permite la ironía de explicar que Santa María Goretti es considerada mártir siendo que murió por defender un valor de la moral cristiana como la virginidad.



Muchos de estos mártires militaron por determinadas opciones políticas como modo de tomar partido por las víctimas. Esta dimensión política de sus vidas no los hace menos cristianos a estos hombres y mujeres que se entregaron de lleno al sueño de una patria más justa con los pobres.

Queda suspendida sobre el lector la pregunta: ¿acaso lo que vale para la castidad no vale para la justicia?

El tratamiento del martirio representó un eslabón más en la larga cadena de desencuentros entre el Vaticano y la Iglesia latinoamericana. Un testimonio autorizado de esas diferencias lo encontramos en las memorias póstumas de quien fuera en esos tiempos el Superior General de la Orden Carmelita, el sacerdote mexicano Camilo Maccise. Allí da cuenta de los prejuicios con que miraban desde Roma la muerte de Romero. Un cardenal, al enterarse de su asesinato en el altar comentó textualmente: “Lo siento, porque se cometió un sacrilegio. Por otra parte, él se lo buscó por haberse metido en política” (C. Maccise, *En el invierno eclesial. Luces y sombras de una experiencia*, México 2015, 102). También relata cómo medían con distinta vara en la Santa Sede a los cristianos muertos por resistir la opresión en América Latina de los que morían en sociedades gobernadas por el comunismo: “Tachaban de política partidista lo que no era sino defensa de los derechos de los oprimidos... cuando se trataba de América Latina. En cambio, la política partidista que obispos, sacerdotes y religiosos realizaban en algunos países europeos era considerada legítima” (Maccise, *En el invierno eclesial*, 74). Pone como ejemplo la exaltación que se hacía del “martirio” del padre Popieluszko, capellán de los obreros siderúrgicos de Huta (Polonia), torturado y asesinado por la policía por motivos políticos en 1985 (Maccise, *En el invierno eclesial*, 74).

En el documento de Aparecida (2007) la Iglesia parece capitalizar parte de la reflexión latinoamericana sobre el martirio. En el número 98, si bien no se utiliza la palabra mártir, se habla de los “santos no

canonizados” y “testigos de la fe” que fueron perseguidos y murieron por su compromiso con los más pobres, remarcando que se entregaron a Cristo, a la Iglesia y a su pueblo: “Su empeño [de la Iglesia] a favor de los más pobres y su lucha por la dignidad de cada ser humano han ocasionado, en muchos casos, la persecución y aún la muerte de algunos de sus miembros, a los que consideramos testigos de la fe. Queremos recordar el testimonio valiente de nuestros santos y santas, y de quienes, aun sin haber sido canonizados, han vivido con radicalidad el Evangelio y han ofrendado su vida por Cristo, por la Iglesia y por su pueblo” (*Aparecida* 98). El teólogo peruano Gustavo Gutiérrez, en una conferencia dada recientemente en el Vaticano, sostuvo que el hecho de que Aparecida incluya en la noción de martirio a quienes dieron su vida “por su pueblo” representa un enriquecimiento en la tradición de la Iglesia (ver *Presentation of the General Assembly of Caritas Internationalis*, 2015.05.12: [www.youtube.com/watch?v=PhnYnGKDsd0](http://www.youtube.com/watch?v=PhnYnGKDsd0), 52'10"). No sorprende semejante afirmación si consideramos que cuando el obispo Pedro Casaldáliga fue llamado en 1988 a la Santa Sede a un “diálogo” con la Congregación para la Doctrina de la Fe, entre otros reclamos se le dijo: “Ustedes llaman mártires a monseñor Romero, a... Es bueno recordar a ciertos personajes que se dedicaron al pueblo, ipero llamarlos mártires!” (Maccise, *En el invierno eclesial*, 73). A lo que el obispo brasileño respondió: “Nosotros sabemos distinguir entre los mártires ‘canónicos’ oficialmente reconocidos por la Iglesia y esos otros muchos mártires que llamamos mártires del Reino, que dieron su vida por la justicia, por la liberación... Sí, yo escribí un poema a San Romero de América. Así lo considero, santo, mártir nuestro”



(Maccise, *En el invierno eclesial*, 73). América Latina es, como dicen los obispos en Puebla, una *originalidad histórico-cultural* (Puebla 446). Algo nuevo en la historia, distinto de Europa o de Oriente. Como tal, la fe vivida mostró aquí nuevas dimensiones al encarnarse en un pueblo nuevo. Al menos en la teoría, no debería extrañar que también el martirio –testimonio supremo de una fe encarnada– ofrezca aquí un perfil propio, *un nuevo tipo histórico cultural de martirio* (ver J. Metz; E. Schillebeeckx, “Presentación”: *Concilium* 183, 1983, 309). A esto se suma que la gran mayoría de estos mártires latinoamericanos testimoniaron su amor a Cristo en un contexto de convulsiones políticas. Conflictos que tienen que ver con la historia y el ser latinoamericano y que fácilmente se los malinterpreta cuando se los mira desde el Norte con las categorías de análisis propias de sus sociedades.

#### ***Martirio y política***

Muchos de estos mártires militaron por determinadas opciones políticas

como modo de tomar partido por las víctimas. Pensemos por ejemplo en Carlos Mugica. Esta dimensión política de sus vidas no los hace menos cristianos a estos hombres y mujeres que se entregaron de lleno al sueño de una patria más justa con los pobres. De un verdadero compromiso con el mensaje de fraternidad de Jesucristo debe nacer la búsqueda de una sociedad más justa y esto tiene siempre consecuencias políticas. Sería un reduccionismo desencarnado pretender que un mártir sólo haya actuado en el terreno religioso. Expresa una falsa dicotomía la pregunta: ¿murió por la fe o por la política? Hay motivos políticos ciertamente. Pero esos motivos políticos se unen y cabalgan sobre los motivos de fe. Aun así, aceptando la validez de una opción política desde el Evangelio, hay que reconocer que no fue esto lo que predominó en Ponce de León. Recordemos que Saint Amant decía de él que “predicaba como conservador”. No había fuertes definiciones políticas en su ministerio. Ponce, por ejemplo, no propugnaba públicamente una reforma agraria, ni se

*Puede decirse que el odium fidei debe entenderse como un odium amoris. Esto es, una aversión criminal hacia las actitudes con las que el mártir testimonia su amor a Cristo.*

Si volvemos al caso de Ponce de León vemos que él también vivió esa encrucijada decisiva en los últimos meses de su vida. Era consciente de que el cerco se cerraba.



Ponce de León en el Concilio

identificaba con la resistencia peronista, ni tenía un rol destacado en la lucha por los derechos humanos. Ponce era un pastor tal como entendía que debía ser según la nueva Iglesia que se habían propuesto construir en el Concilio Vaticano II. Una Iglesia cercana al pueblo y que por tanto no podía ser ajena al dolor que lo desgarraba. Por supuesto que era consciente de que esta renovación de la Iglesia era mirada con prejuicios. En la Carta Pastoral de Cuaresma de 1974 decía: "No ignoramos las acusaciones politizantes ni la ubicación tercermundista de las actividades renovadoras y experiencias peligrosas por las cuales somos juzgados con frecuencia. Todo ello nos alegra porque es vida..." (Comisión..., *Cartas y exhortaciones pastorales de Monseñor Carlos Horacio Ponce de León*, 23). Pero esto no lo desanimaba ni le daba la excusa para desentenderse de la situación. Su corazón de pastor no medía riesgos para buscar que la Iglesia se haga prójimo de cualquiera que esté tirado al borde del cami-

no. Esas convicciones evangélicas y conciliares fueron las que lo llevaron a comprometerse con las familias de los desaparecidos.

#### *Odium fidei*

El mártir siempre muere por odio a la fe (*odium fidei*). Es mártir quien, como Cristo, muere agredido por el odio que inspira el amor que encarna en su vida. Benedicto XVI explicaba en un discurso a la *Congregación para la Causa de los Santos* que "es necesario que aflore directa o indirectamente, aunque siempre de modo moralmente cierto, el *odium fidei* del perseguidor. Si falta este elemento... no existirá un verdadero martirio según la doctrina teológica y jurídica perenne de la Iglesia" (Benedicto XVI, *Mensaje...*, 24/4/2006, [www.vatican.va](http://www.vatican.va)).

Al presentar la noción conciliar de martirio habíamos dicho que el acento está puesto en el amor del testigo, no tanto en su profesión de fe. Más aún, el planteo no apunta exclusivamente a los motivos del que mata sino a los motivos del que

muere. Mira más a la víctima que al verdugo. Por eso, *odium fidei* no es sólo odio a la profesión de la fe, al hecho de ser cristiano (como era el caso de los primeros mártires del cristianismo u hoy frente a cierto fundamentalismo islámico). Es también *odium fidei* el rechazo hacia conductas que son consecuencias de la fe. Esto ya podía encontrarse en la doctrina clásica cuando Santo Tomás se pregunta “si sólo la fe es causa del martirio” (*Suma Teológica* II-II, q124, a5). Allí explica que “a la verdad de la fe pertenece no sólo la creencia del corazón, sino también la confesión externa, la cual se manifiesta no sólo con palabras por las que se confiesa la fe, sino también con obras por las que se demuestra la posesión de esa fe”. Ilustra la afirmación con el ejemplo a Juan el Bautista, quien es considerado mártir y no murió por defender la fe sino por reprender un adulterio (argumento similar al de Rahner respecto de María Goretti). A lo que agrega que la muerte por “cualquier bien humano puede ser causa de martirio en cuanto referido a Dios” y que “el bien de la república es el principal entre los bienes humanos” (*Suma Teológica* II-II, q124, a5). Es claro que la justicia es un valor que contribuye al “bien de la república”. Más explícitamente lo señala en el *Comentario a la Carta a los Romanos* cuando afirma: “padece por Cristo no sólo el que padece por la fe de Cristo, sino por cualquier obra de justicia, por amor de Cristo” (c.8, l.7).

Mostraría una concepción demasiado intelectualista de la fe pensar que el *odium fidei* solo puede aplicarse cuando la agresión se produce explícitamente contra la doctrina cristiana. Además, como bien señala José Ignacio González Faus, llevaría a la paradoja de sostener que “sólo un no cristiano podría provocar mártires.

Sólo un emperador Juliano, o un gobierno ateo. Un cristiano, por cruel que fuese, no podría provocarlos pues, si se confiesa cristiano, no odiará la fe” (“El mártir testigo del amor”: *Revista Latinoamericana de Teología* 55, 2002, 33-46). Por eso puede decirse que el *odium fidei* debe entenderse como un *odium amoris*. Esto es, una aversión criminal hacia las actitudes con las que el mártir testimonia su amor a Cristo.

#### *El odium fidei de las dictaduras latinoamericanas*

Desde este marco teológico podemos afirmar claramente que quien sufre la muerte por oponerse desde sus convicciones cristianas a gobiernos terroristas puede identificarse como mártir. Aun sin olvidar que los verdugos –en el caso de Ponce de León, Angelelli, Romero, y tantos mártires latinoamericanos– fueron muchas veces militares católicos, que actuaban pretendidamente en defensa del cristianismo y con la anuencia de algunos sectores de la Iglesia. Lo que hay es odio a una de las consecuencias de la fe de estos testigos: la justicia. Un valor ineludible en la construcción de una paz verdadera.

En la causa de beatificación de monseñor Romero, se optó por establecer este *odium fidei* indirecto. Para ello la *Positio* entabló tres puntualizaciones: 1) hubo persecución en El Salvador; 2) su violencia fue dirigida hacia miembros de la Iglesia; 3) la misma persecución agredió a monseñor Romero. Los postuladores de la causa de beatificación plantearon que el obispo mártir optó por ser fiel totalmente a lo que la Iglesia proclama en su magisterio, y esa fidelidad específicamente provocó a sus perseguidores a asesinarlo. Al hacerlo, dejaron entrever su odio a la fe cristiana (ver blog *Super Martyrio*,

*No sabemos lo que pasó en el instante decisivo. Sí sabemos que le estaban apuntando. Y que un dedo asesino tensaba el gatillo.*

*Su testimonio,  
al igual que  
el de tantos  
otros, tiene  
mucho para  
decirnos. El  
mártir es san-  
gre que habla.  
Y habla de  
Dios en una  
historia con-  
creta.*



polycarpi.blogspot.com.ar/2015/02/como-comprobaron-el-martirio-romero.html).

Estas aclaraciones son importantes porque la memoria de estos obispos está muchas veces envuelta por la bruma de sospecha de lo que podríamos llamar un prejuicio ideológico. Creer que su muerte tuvo que ver exclusivamente con la política, que pagaron el precio de ser agitadores políticos en tiempos difíciles. Lo decíamos al referir lo que cuenta Maccise sobre el cardenal romano que pensaba que Romero “se la había buscado”. Otro testimonio contundente sobre este prejuicio que flotaba sobre Romero lo da el papa Francisco cuando explica que el obispo salvadoreño siguió siendo mártir después de morir: “El martirio de monseñor Romero no fue puntual en el momento de su muerte, fue un martirio-testimonio, sufrimiento anterior, persecución anterior, hasta su muerte. Pero también posterior, porque una vez muerto –yo era sacerdote joven y fui testigo de eso– fue difamado, calumniado, ensuciado, o sea que su martirio se continuó incluso por hermanos suyos en el sacerdocio y en el episcopado. No hablo de oídas, he escuchado

esas cosas” (Francisco, *Discurso a una peregrinación de El Salvador*, 30/10/2015: [www.vatican.va](http://www.vatican.va)).

Las actitudes de estos mártires, si bien podían ser políticas, en el fondo tenían motivos de fe. La historia los puso en la encrucijada de tener que decidir entre encarnar como obispos hasta el fondo lo que enseña la Iglesia o salvar sus vidas (“*el que encuentre su vida la perderá...*”: Mt 10,39). Plena conciencia de esta dramática opción tenía Romero cuando en una carta dirigida a la Congregación para los obispos en 1978 escribía: “qué difícil es querer ser fiel totalmente a lo que la Iglesia proclama en su magisterio, y qué fácil, por el contrario, olvidar o dejar de lado ciertos aspectos. Lo primero conlleva muchos sufrimientos; lo segundo trae mucha seguridad, tranquilidad y la ausencia de problemas. Aquello suscita acusaciones y desprecios; esto último alabanzas y perspectivas humanas muy halagüeñas” (Blog Super Martyrio, “Cómo comprobaron el martirio de Romero”).

#### **4. El Getsemaní de Ponce**

Si volvemos al caso de Ponce de León vemos que él también vivió esa encrucijada decisiva en los últimos

meses de su vida. Era consciente de que el cerco se cerraba. Desde el golpe del 24 de marzo de 1976 la relación con Saint Amant era cada vez más espesa. A la semana se produce la detención de tres sacerdotes y las tensas negociaciones por sus libertades. El 2 de julio de ese mismo año, un grupo armado con ropas de civiles que dicen ser de la policía irrumpe y registra toda la casa donde Ponce tenía viviendo a sus seminaristas en la ciudad de Buenos Aires. Sólo dos días después se produce la masacre de la comunidad de palotinos en el barrio de Belgrano. Los cuerpos de los tres sacerdotes y los dos seminaristas acribillados en San Patricio fueron un golpe duro y revelador para él. Uno de los asesinados, Alfredo Kelly, había estado varios años en la diócesis y era su amigo y confesor. Un mes después, el 4 de agosto, con la muerte de Angelelli, entendió que una mitra y un anillo episcopal no eran obstáculo para la enajenación de estos generales. Las amenazas eran cada vez más creíbles y el espiral de muerte se iba estrechando sobre él. A pesar de esto, Ponce no cejaba en sus gestiones por quienes el gobierno consideraba enemigos. Incluso llevando adelante reclamos personalmente ante los más altos mandos militares como en el caso del sacerdote López Molina.

Seguramente vivió su propio Getsemaní: la serena certeza de que su actitud lo llevaba a la muerte pero que no podía cambiar su conducta sin sentir en lo más profundo que traicionaba a Cristo y se traicionaba a sí mismo si se tapaba los oídos frente al dolor de los familiares de desaparecidos que golpeaban su puerta. Sudó sangre en soledad, preparándose para el calvario, mientras escribía en su testamento "no tener enemigos, no guardar rencor ni odio a

persona alguna; si ofendí a alguien pido perdón y si alguien se considerase deudor, queda perdonado" y pedía unas exequias sencillas, sin flores y que "la limosna se destine para los pobres, mis amigos e interesados". El Sanedrín inflamaba cartas de odio mientras él pedía que el Señor lo reciba "como a hijo pródigo, ya que no supe aprovechar estando siempre en la casa del Padre" y se confiaba al "glorioso patriarca San José, a quien encomiendo mi última hora" (Comisión..., *Monseñor Ponce*, p.43).

No sabemos lo que pasó en el instante decisivo. Sí sabemos que le estaban apuntando. Y que un dedo asesino tensaba el gatillo. La persecución que sufría era real y feroz, con un impresionante poder de fuego que incluso ya había matado a un obispo pocos meses antes. Pero no queremos ahora mirar ese momento desde el lado del verdugo. Confiamos en que la justicia algún día arroje luz sobre ese aspecto. Lo que queremos ahora es recibir el testimonio del corazón de Ponce, identificado con el Buen Pastor en su ministerio episcopal, ahora convertido en el Crucificado. Estaba dispuesto. La humillación, el terror, la angustia, la desesperanza, cada dolor que le trajeron lo fue cargando y se le fue hilvanando como una cruz en su cuero para preparar este encuentro. Desde el cielo, San José y sus amigos los pobres le alcanzaban la corona. Su testimonio, al igual que el de tantos otros, tiene mucho para decirnos. El mártir es sangre que habla. Y habla de Dios en una historia concreta. Entre mártires y confesores la Iglesia argentina contó con una verdadera nube de testigos del Reino en esos años de dolor. Se trata de un grupo importante, aunque difícil de cuantificar. Ya en 1986, el libro de Emilio Fermín Mignone, *Iglesia y*

*Hay otra tristeza, patrimonio de estos tiempos: la de ver que la Iglesia se niega a aceptar el raudal de gracia que Dios nos ofrece en esos martirios...*



*dictadura: el papel de la Iglesia a la luz de sus relaciones con el régimen militar*, presentaba como víctimas de la representación estatal a sesenta y dos sacerdotes, once seminaristas, cuatro religiosos y religiosas y dos obispos. Dando un total de setenta y nueve víctimas en el período 1974-1983. Estudios actuales dan cifras superiores (ver Catoggio, *Los desaparecidos de la Iglesia*, 150). Esto sin contar la gran cantidad de laicos que sufrieron represión por acercarse a los pobres desde instituciones eclesiales.

Es cierto que los mártires son un regalo de Dios para sus pueblos. Pero un regalo conflictivo, una bandera discutida que se levanta para exhibir un amor insoportable en un mundo que sigue estructurado sobre la injusticia. Taparse los oídos frente al grito de esa sangre derramada, no escuchar el clamor de las multitudes que sufren, es cerrarle el corazón a Dios. Poco antes de su muerte, Romero gritaba proféticamente: "sería triste que en una Patria donde se esté asesinando tan horrorosamente no contáramos entre las víctimas también a los sacerdotes. Son el

testimonio de una Iglesia encarnada en los problemas del pueblo" (J. Sobrino, *Monseñor Oscar Romero: un obispo con su pueblo*, Santander 1990<sup>2</sup>, 58). Su sangre esparcida sobre el altar rubricó que la Iglesia salvadoreña no sufrió esa tristeza. Tampoco nuestra Iglesia vivió esta aflicción, que en tiempos del horror y marcada con el estigma de la traición de algunos, conoció también la gloria de los testimonios de Angeli, Ponce de León, y tantos otros. Pero hay otra tristeza, patrimonio de estos tiempos: la de ver que la Iglesia se niega a aceptar el raudal de gracia que Dios nos ofrece en esos martirios... ■